



güentes profesores: doctor don GABRIEL SÁNCHEZ DE LA CUESTA, doctor don ELOY DOMÍNGUEZ RODIÑO, doctor DÍAZ DOMÍNGUEZ, doctor BLÁZQUEZ BORÉS doctor don JUAN DELGADO ROIG, doctor don JUAN ANDRÉU URRÁ, doctor don ANTONIO CORTÉS, doctor CRUZ AUÑÓN, doctor CAÑADAS BUENO, doctor SALA SÁNCHEZ, doctor DÍAZ RUBIO. Ellos más que nosotros pueden valorar nuestra iniciativa. Si en alguno existía algún escepticismo, al acudir a nuestra llamada éste desaparecía al encontrarse entre nosotros. Todos marcharon sorprendidos y entusiasmados del clima médico de la localidad. Este clima es el que hizo posible la organización y celebración en nuestro pueblo del II Congreso Andaluz de Cardiología en el año 1952, hecho insólito ganado por la clase médica de Osuna.

Ahora bien: no todo se ha circunscrito a las charlas nuestras o las universitarias. El espíritu de nuestra Sociedad ha estado y sigue estando en servicio permanente. A nadie se le oculta la penuria de medios económicos en estos lugares apartados. Aun contando con una autoridad protectora de la Sanidad, sus fuerzas tienen un límite. Ya pasaron los tiempos de los duques, de los señores magnánimos que ponen su caudal al servicio del bien. Hoy en los tiempos materialistas en que vivimos todo hay que conseguirlo con el propio esfuerzo y sacrificio. Nuestro hospital, nuestra casa, el aglutinante que nos echó a unos en brazos de los otros, es una bella casa, pero sin muebles. Se necesitaba material para trabajar, y tras él fuimos. De donativos no había que pensar, había que obtener el dinero con algún subterfugio, y se nos ocurrió montar unas funciones de teatro a cargo de los mismos médicos como actores. El médico como ente social posee múltiples facetas. Es el ángel benefactor, el paternal médico de familia, el que se toma a veces como sacerdote en los momentos de angustia; pero al mismo tiempo es el profesional, al que no hay más remedio que acudir en los momentos nefastos de enfermedad o de muerte. En la mente de todos está el médico junto a la desgracia y el sufrimiento; al médico se le quiere y se le odia al mismo tiempo. Nadie se libra de este pensamiento ambivalente cuando piensa en nuestra profesión. Y por eso escogimos el teatro para que al subir a las tablas los mismos médicos, el pueblo, nuestros clientes, tuvieran la satisfacción de reirse de nosotros, de reirse sádicamente, de pensarse de sufrimientos pasados transferidos ahora a los profesionales empelucados. El éxito económico de la empresa estaba asegurado, fomentando el primitivismo afectivo de nuestros conciudadanos. Y así teatro lleno al precio que quisimos. Bien es verdad que cuidamos de todos los detalles. Todos los profesionales son lo que son y lo que hubieran querido ser. Todos tenemos varias personalidades ensabladas en la principal, en la aparente. Un médico goza pintando, otro escribiendo, otro manejando la garlopa en pequeños utensilios para el hogar. Aquí tenemos unos compañeros con una aptitud maravillosa para la escena; yo mismo tengo algunas aptitudes para el dibujo, y me encargué, enfundado en un «mono» y las manos llenas de pintura y engrudo, de hacer los decorados. Y así, todo de arte-sanía, con enorme entusiasmo y sacrificio se montó la primera representación. Aquel año el quirófano estrenó un aspirador eléctrico y la vitrina se surtió de material suco para operar. Todos los años vemos precisados a montar una nueva obra, ya que persisten las necesidades y el público lo reclama. Junto a la Sociedad llevamos como obligación la función benéfica del hospital.

Seguramente algunos estarán pensando al leerme:

En suma, ¿qué es lo que hay en Osuna, médicos o tiritireros? Las dos cosas; no está reñido lo uno con lo otro, pues ambas labores se complementan. Ambas precisan esfuerzo, aplicación y pulcritud en la labor. Ambas son gimnasia para nuestras aptitudes. Quien llega a hacer un buen papel en una comedia, también consigue luego un magnífico diagnóstico a la cabecera del enfermo. Nuestra labor ya ha dado sus frutos; aquí se ha hecho una tesis doctoral, dos están en preparación, varios de los trabajos leídos en nuestro seno están publicados en revistas profesionales, y si otros no han merecido el mérito de la publicación han significado un esfuerzo no baldío por nuestra parte.

Esta labor no hubiera sido posible sin el clima que la alimenta. Muchos profesionales estudiosos tienen ocasión de manifestar hechos interesantes hijos de su observación, y que, sin embargo, quedan inéditos. Dificultades de redacción, de bibliografía, unidos a un sentimiento de inferioridad, hacen que se pierdan estas observaciones a veces valiosas. Es indudable que los conocimientos médicos son cada vez más complejos y difíciles, que para la investigación son precisos cada día más medios, y que ésta se hace ahora en equipos. Basta leer las revistas para quedar anonadados dada la complejidad de los trabajos efectuados y los avances conseguidos. Más que Medicina, parece otra ciencia cargada de maticas, de Física o de Química. Sin embargo, la Medicina sigue y seguirá siendo Medicina. Ninguno de estos avances nos debe apartar de nuestros enfermos ni separarnos de la clínica. No todas las regiones tienen la misma enfermería. En el Norte, el médico ve unas enfermedades y en Andalucía otras; el caso insólito en un lugar es el pan de cada día en otro. Aquí, en Osuna, tenemos un ejemplo. En toda Andalucía y Extremadura se padece una plaga que es la fiebre recurrente. Verano tras verano tiene el médico andaluz que asistir a la enfermedad y a los sufrimientos de sus enfermos, la mayor parte de ellos obreros agrícolas. Esta enfermedad llegó a ser un problema, superado hoy por los antibióticos. Pues bien: este problema, esta preocupación llevó a la clase médica de Osuna a especializarse en su estudio, y de aquí han salido varios trabajos con resultados interesantes, tanto clínicos como terapéuticos. Otras poblaciones con más medios, y si nosotros debieran haber afrontado el problema, ya no lo hicieron es porque les faltaba el clima de que antes he hablado. En estas poblaciones se puede y se debe hacer Medicina. Es más, aquí asistimos a una Medicina propiamente nuestra. Todas las enfermedades empiezan por el principio, y el médico rural es el espectador de sus prolegómenos. El neurólogo suele ver hemiplejías, pero pocos ictus; el internista, secuelas de tifoideas, pero está ajeno a las angustias de un diagnóstico ante un enfermo los síntomas incipiente. Esta Medicina, en que balucean los síntomas, es nuestra y de la cual no debemos apartarnos, como parece que va sucediendo. Mientras más difícil parece el ejercicio de la profesión, más fácil la queremos hacer siguiendo la línea del menor esfuerzo. En esta época de las drogas maravillosas tendiendo a diagnosticar a los enfermos en dos grupos: los que se curan con penicilina y los que son insensibles a ellas. Más que libros o monografías, el médico tiende a alimentar su espíritu en los prospectos de las casas comerciales, degenerando así en un profesional quizá práctico y efectivo en su labor, pero ayuno de ciencia. Hace años, con motivo de la iniciación de la pretendida reforma universitaria, las más destacadas personalidades ofrecieron sus opiniones. ORTEGA Y GASSET abogaba por que la Uni-

versidad debería hacer buenos profesionales; por el contrario, MARAÑÓN decía: «La enseñanza de la Medicina debe plantearse sobre la preponderancia de la preparación científica sobre la preparación profesional.» «Si la Universidad aspira a hacer profesionales no hará más que prácticos mediocres, y ella misma, la Universidad, se consumirá de la tisis producida por la falta de idealidad y de espíritu renovador.»

¿Quiere esto decir que cada médico debe ser un sabio? No, un sabio no, pero sí un científico. ORTEGA Y GASSET nos expresa bellamente lo que es ciencia: «En su propio y auténtico sentido, ciencia es sólo investigación; plantearse problemas, trabajar en resolverlos y llegar a una solución.» Y en este sentido, el médico es entre todos los profesionales el que está más continuamente sumido entre problemas, y díganme ustedes si no es necesaria una preparación científica, mejor dicho, una postura científica, para plantearse y resolver estos problemas de cada día. A esta postura científica aspira nuestra Sociedad y no dejar cercenado el cordón umbilical que debe unirnos a la Universidad. El médico está condenado para toda la vida al estudio; si no quiere quedar rezagado, no debe dejar de ser nunca estudiante en el más amplio sentido de la palabra. Por eso nuestra Sociedad quiere tener las relaciones más estrechas con la Facultad de Medicina, con sus profesores, con su ambiente y espíritu.

Yo invitaría a todos los médicos a que hiciesen examen de conciencia a que volviesen los ojos a esa etapa tremenda en que, con el título de licenciado en el bolsillo, se fueron por el mundo a ejercer la profesión. ¿Verdad que parecía que todo se sabía y que todo se diagnosticaba? Sin embargo, la terrible experiencia fué azotando nuestro orgullo, poniéndonos en la realidad. Esta realidad lleva al escepticismo, sobre todo cuando el médico se encuentra solo. Téngase en cuenta que la evolución de la personalidad supone distintas etapas, que se van sucediendo desde la de los automatismos a la de los afectos y muy posteriormente las intelectivas y espirituales. Pues bien: cuando el proceso creador se detiene o retro-

cede, se pierde primero lo último que se ha adquirido. Este es el peligro de la laxitud del médico en sus esfuerzos que lo último adquirido, el ambiente universitario, se pierda y quede cojo para plantearse y resolver los problemas sin una formación científica. De aquí la ventaja de la asociación para luchar contra esta inconveniente tendencia al aislamiento. La experiencia nuestra es definitiva. Tanto el médico viejo como el nuevo colaboran por igual en la obra. A los viejos no puede pedírseles una colaboración activa; la Universidad está para ellos muy lejos; pero, sin embargo, colaboran con entusiasmo en la labor de los demás. El ambiente baña por igual a todos, y cuando llega a la localidad un compañero nuevo se encuentra con un hecho establecido. Inmediatamente se da cuenta de lo que existe y se dispone a trabajar también. Todo, pues, son ventajas en lo que hemos creado y creemos que lo mismo que existe en Osuna puede crearse, mejorándose, en otros lugares de la península. Sólo precisa un mínimo de entusiasmo. El hombre al vivir puede adoptar dos posturas: la de actor o la de espectador, la extravertida o la intravertida, la de vivir en el mundo que le rodea o en su mundo interior. Siempre, en cualquier colectividad habrá una minoría activa, movediza, creadora, que es la que debe tomar la iniciativa, Esto es lo interesante; después, todo se da por añadidura. Quizá después los otros, los apáticos, los solitarios, serán los que, una vez lanzados, logren firmeza en lo conseguido.

Hace dos años funciona ya en Morón de la Frontera una Sociedad médica similar a la nuestra, contagiada de nuestro ejemplo. He creído conveniente hacer saber a los médicos españoles lo que tenemos aquí por si pueden formarse en otras localidades, cerca o lejos de la nuestra, pequeños núcleos que dulcificando la labor médica, hagan Medicina o ciencia en provecho de ellos mismos y de la patria. Donde quiera que haya un hospitalito, una maternidad, una casa de socorro, un ambulatorio del S. de E., algo con espíritu sanitario, debe aprovecharse, para que, como nuestro hospital, sea el núcleo de atracción alrededor del cual se cree una Sociedad médica como la nuestra.